

LEBAB

El efecto luciérnaga

LOS

IMPERDIBLES

Luis Amavisca
Juana Cortés

LEBAB

El efecto luciérnaga



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2024

© 2024, Luis Amavisca y Juana Cortés

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 10 3.º izq. Barcelona, 08010 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-60-6

Código IBIC: FA

DL B 2607-2024

Diseño de interiores y composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A ti, siempre.
Porque te reconocí sin necesidad de un DeltaLife.

A nuestro hijo, con el que compartimos genética espiritual.
Gracias por enseñarnos nuevos significados de la palabra «amor».

LUIS AMAVISCA

Para Carlos, Teresa y Paula, que son mi luz.
JUANA CORTÉS

17 de octubre del 2030

El Gobierno de Estados Unidos emite un decreto por el cual todos los ciudadanos mayores de quince años tienen la obligación de llevar instalado un dispositivo en el antebrazo. Fabricados con nanotubos de carbono, silicona y titanio, los dispositivos contienen la información laboral y personal de cada ciudadano. Las comunicaciones tendrán que ser realizadas a través de ellos y podrán ser controladas en todo momento. Las protestas que se suceden en distintos estados los días siguientes son reprimidas con violencia por la policía.

4 de noviembre del 2030

Se empiezan a instalar los dispositivos en Nueva York, Chicago, Washington y San Francisco mediante una pequeña intervención ambulatoria que los adhiere a la dermis. Tan solo en algunos casos se produce una leve infección que se cura en cuestión de días.

En el plazo de cuatro meses, todos los ciudadanos americanos tienen instalado un dispositivo.

14 de enero del 2031

El Gobierno de los Estados Unidos emite un nuevo decreto para la seguridad nacional. Toda información enviada sin utilizar los dispositivos, o mediante códigos encriptados, constituirá un grave delito. Uno de los objetivos principales de la policía, del FBI y del recién creado Cuerpo Especial de Persecución (CEP) será la localización y erradicación de las redes de *hackers*.

3 de febrero del 2031

La Universidad de Harvard celebra las conferencias del I Congreso de Energía *Post Mortem*. Las Universidades de Princeton y Chicago, junto con la Universidad canadiense de Montreal, financian las jornadas.

El objetivo del congreso es la investigación de la transformación de la energía en el momento de la muerte del ser humano.

2 de enero del 2032

El II Congreso de Energía *Post Mortem* tiene lugar en Chicago. El canadiense Antoine Ferré y su equipo presentan ante expertos de todo el mundo la «visión espectral Nandca», que permite visualizar el movimiento de la energía en el momento del fallecimiento de una persona. Las imágenes registradas muestran cómo la energía liberada se aleja del fallecido en forma de diminutos puntos de luz. Este fenómeno se bautiza como «efecto luciérnaga». Son muchos los que consideran que de esta manera ha sido demostrada científicamente la existencia del alma.

3 de enero del 2032

«Luciérnagas que cambian el mundo». Los artículos sobre el descubrimiento científico se hacen virales. En las redes sociales más influyentes, SpaceOne y PublicSquare, se habla del «inicio de una nueva era».

4 de enero del 2032

La información relativa a las «luciérnagas que cambian el mundo» comienza a desaparecer de internet. Los artículos que hacen referencia al tema son sustituidos por otros que consideran el «efecto luciérnaga» un fraude y una manipulación mediática.

5 de enero del 2032

Se producen tres grandes manifestaciones con repercusión mundial. La primera en Roma, auspiciada por el Vaticano, la segunda en Los Ángeles y la tercera en Washington. El lema de todas ellas es «Dejad nuestras almas en paz».

8 de enero del 2032

Antoine Ferré se une al equipo del científico americano Edmund Cusack. Cusack obtiene una importante financiación, a través del senador Lotz, para continuar con las investigaciones sobre la energía vital o alma. El senador pide que no se divulgue el origen de los fondos.

17 de mayo del 2032

El senador Lotz se reúne en privado con Edmund Cusack para anunciarle que pone fin a la financiación de sus investigaciones.

27 de junio del 2032

Ante la falta de apoyo económico, Edmund Cusack funda Lebab junto con Antoine Ferré. Casi medio millar de personas apoyan la organización como inversores privados. Lebab tiene objetivos científicos, pero también unas influencias ideológicas cercanas al budismo. Dan por hecho la existencia del alma y quieren demostrar científicamente la reencarnación, conscientes del impacto social que provocaría el éxito de sus investigaciones.

7 de octubre del 2032

Edmund Cusack recibe una notificación del Gobierno que le prohíbe toda publicación o divulgación sobre las investigaciones de Lebab.

8 de marzo del 2033

El Gobierno declara que Lebab es una «secta peligrosa» y la ilegaliza. La mayor parte de los inversores abandona la organización. Otros miembros, sin embargo, deciden continuar apoyándola de manera clandestina.

Lebab cuenta con un equipo de *hackers* que mantiene una compleja red de comunicaciones mediante mensajes y llamadas encriptados.

27 de marzo del 2033

El científico Antoine Ferré es hallado muerto en su apartamento en extrañas circunstancias.

PRÓLOGO

**Comcast Center, Filadelfia
6 de abril del 2034, 10:30 horas**

El grupo de asistentes al Advanced Technologies Congress estaba formado por veinte hombres y una docena de mujeres, invitados por importantes compañías tecnológicas del país. La reunión se celebraba en una de las salas del Comcast Center, situada en la planta cincuenta y uno. Los grandes ventanales ofrecían unas impresionantes vistas a la ciudad.

El leve tartamudeo del ponente al iniciar su charla revelaba nerviosismo. No era para menos, Bell sabía que los fondos para poder continuar las investigaciones estaban en juego.

Bell se había licenciado en Física en la Universidad de Berkeley, California, y después había cursado varios másteres en Física Molecular y Nanoingeniería Biomédica. Con una capacidad de trabajo y un entusiasmo sin límites, a sus treinta y siete años recién cumplidos, su vida social era muy limitada y sus amigos se podían contar con los dedos de una mano.

A pesar de que no le daba importancia a su físico, ese día el aspecto de Bell era impecable. Se había cortado el pelo y la barba, y vestía pantalón negro, camisa blanca y una americana gris de corte clásico. Junto a él se encontraba su asistente, Jim Hughes, un joven tímido que mantenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras Bell daba su discurso.

El científico empezó con una breve introducción sobre la interacción de los campos electromagnéticos en física molecular para abordar a continuación el tema principal de la conferencia.

—Como saben, en el pasado ya se han realizado experimentos de desmaterialización y rematerialización molecular de distintos objetos. Sin embargo, en el caso de objetos electrónicos, el éxito fue relativo puesto que, en muchos casos, al rematerializarse no funcionaban correctamente. He dirigido mis estudios hacia la búsqueda de una metodología de codificación del orden espacial y temporal de las moléculas del objeto que queremos desmaterializar. Con este fin he creado un nanochip de apenas unos milímetros al que he denominado «Delta». Este se adhiere fácilmente al objeto que deseamos desmaterializar y le permite «recordar» el orden exacto de las moléculas en el momento de la rematerialización, de modo que mantiene todas sus funciones.

»Ahora me gustaría hacer una demostración del funcionamiento de Delta. Pueden elegir ustedes mismos el objeto que desmaterializaremos y rematerializaremos después.

Bell esperó a la respuesta del público.

—¿Qué le parece comenzar con algo básico como un proyector de hologramas? —preguntó el representante de la compañía Core Research.

—De acuerdo —dijo Bell acercándose a un aparato de forma esférica y del tamaño de una naranja que se encontraba apoyado sobre un mueble auxiliar—. ¿Este le parece bien?

—Me parece bien.

—De acuerdo, señor...

—Zhang.

El asistente llevó a Bell el aparato escogido. Se trataba de un proyector holográfico de finales de los años veinte. El científico lo encendió para comprobar que funcionaba y el aparato proyectó la imagen de una flor silvestre. Lo apagó y la imagen desapareció.

—Vamos a proceder a la desmaterialización. Aquí —dijo se-

ñalando un carro metálico sobre el que descansaba una bandeja de metacrilato—, tenemos el nanochip Delta.

Bell se puso unas gafas de lente microscópica que acababan en una especie de pequeños conos negros. Con unas pinzas de laboratorio, cogió el chip.

—Ahora lo fijaré al proyector mediante un sistema de polarización. —En la sala reinaba el silencio. Los asistentes seguían atentamente las palabras del ponente—. El microchip ha quedado imantado a la superficie del proyector. A continuación, activaré el proceso de desmaterialización. —Bell marcó unos dígitos en el dispositivo de su antebrazo—. Uno, dos, tres...

El aparato comenzó a descomponerse, las moléculas se convirtieron en pequeños puntos de luz que, al desaparecer, dejaron una especie de halo. Se produjo un leve murmullo entre los asistentes. En cinco segundos no quedaba rastro del proyector holográfico.

—He llegado a tener objetos desmaterializados durante semanas antes de rematerializarlos. Hoy, para la demostración, nos limitaremos a unos minutos. Para hacer tiempo, les contaré una de mis historias preferidas, que quizá algunos de ustedes ya conozcan —dijo Bell y carraspeó antes de continuar—: Cuando Albert Einstein empezaba a ser conocido por su teoría de la relatividad, acudía con asiduidad a universidades para dar conferencias sobre ese tema. Según parece, a Einstein no le gustaba conducir, por lo que contrató los servicios de un chófer para sus desplazamientos. Después de varios días de viaje, le comentó al chófer lo aburrido que era repetir lo mismo una y otra vez. Él le dijo: «Si quiere, le puedo sustituir por una noche. He oído su conferencia tantas veces que soy capaz de repetirla palabra por palabra».

»Cuenta esta historia que Einstein, antes de llegar al lugar donde tendría lugar la conferencia, intercambió su chaqueta con la del conductor y se puso al volante. Como ninguno de los académicos lo conocía personalmente, no se descubrió el engaño. —Bell hizo una pausa antes de continuar—: El chófer dio la con-

ferencia con maestría. Todo iba sobre ruedas hasta que, al terminar, uno de los asistentes le hizo una pregunta. Por supuesto, el hombre no tenía ni idea de cuál podía ser la respuesta. Imagínense la situación —dijo Bell haciendo una nueva pausa—. Pues bien, cuenta la historia que el conductor, una persona de recursos, tuvo un momento de inspiración y salvó la situación contestando: «Señor, la pregunta que me hace es tan evidente que mi propio chófer, que se encuentra al final de la sala, le responderá».

Bell sonrió cuando escuchó las risas entre los asistentes. Se sintió más relajado. Consultó la hora en el dispositivo de su antebrazo.

—No se sabe si esta historia es real, pero al menos ha servido para mantenerlos entretenidos durante estos minutos en los que el proyector ha permanecido desmaterializado. Ahora, señoras y señores, pulsaré el comando que iniciará el proceso de rematerialización del proyector. Uno, dos, tres...

Ante la mirada curiosa de los asistentes, unos minúsculos puntitos de luz aparecieron de la nada. En cuestión de segundos, el aparato se rematerializó. Se escucharon aplausos.

—No hemos terminado —dijo Bell satisfecho—. Ahora comprobaremos que el proyector mantiene sus funciones técnicas. Jim, por favor...

Su asistente se acercó y pulsó el botón del proyector 3D. Sin embargo, este no se encendió. Jim probó de nuevo, pero el aparato tampoco funcionó esta vez. Bell sintió un sudor frío en la nuca. Comenzó a escucharse un murmullo entre los asistentes a la conferencia.

—Un momento... Déjame a mí —pidió el científico, visiblemente alterado.

El asistente se apartó y Bell volvió a intentarlo, sin éxito. Tras unos segundos de tensión, una mujer del público se puso en pie.

—Tengo que reconocer que su exposición ha sido interesante, incluso se ha ganado al público con una anécdota divertida —afirmó Margaret Higgins, directora de la revista digital *Disco-*

veries—. Pero si su chip solo tiene éxito en determinadas ocasiones, esta conferencia no ha sido más que una pérdida de tiempo.

—No entiendo qué ha sucedido. Les aseguro que... —titubeó Bell.

—Obviamente se ha precipitado al convocarnos —dijo el señor Zhang poniéndose en pie.

No fue el único en levantarse. Varios asistentes, entre los que Bell reconoció al director del Comcast Center, le imitaron. Unos minutos después, dado que el ponente permanecía inmerso en un incómodo silencio, la mayor parte del público abandonó la sala.

El científico se rascaba la barbilla, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. No lograba entender qué había fallado. Cuando Jim intentó hablar con él, le pidió que le dejara solo. Sabía lo que aquel fracaso significaba: en unos segundos había perdido toda su credibilidad y con ella la aportación de fondos que necesitaba para seguir con sus investigaciones. Cogió el proyector y lo sostuvo en la mano examinándolo unos segundos, antes de lanzarlo con rabia contra el suelo. El aparato estalló en pedazos.

Entonces escuchó un ruido a sus espaldas y se percató de que la sala de reuniones no estaba totalmente vacía. Dos mujeres, que habían permanecido apartadas y en silencio, se acercaron.

—Buenos días, mi nombre es Sally Leigh, soy periodista. Tengo que decirle que su conferencia ha sido muy interesante.

El científico la miró con desconfianza. ¿Aquella mujer pelirroja se burlaba de él?

—Yo soy Anna Cusack.

La segunda mujer, vestida con un abrigo azul, extendió la mano a modo de saludo.

—¿Ustedes... de qué compañía son?

—No representamos a ninguna empresa. Quizás haya oído hablar de mi padre, Edmund Cusack —dijo Anna.

—Por supuesto que sé quién es su padre. Seguí muy de cerca las investigaciones que realizó junto con el doctor Ferré sobre la visión espectral Nandca.

—Verá, señor Bell, hoy estamos aquí en representación de la organización privada de la que formamos parte —explicó Sally Leigh.

—¿De qué organización se trata?

—Es algo difícil de explicar... Nos gustaría tener una reunión con usted —dijo Sally Leigh.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó el científico, desconfiado.

—Que continúe con sus investigaciones. Estamos dispuestos a poner a su disposición los medios que necesite —respondió Anna.

Bell observó a la hija de Edmund Cusack; el abrigo se tensaba sobre su vientre y delataba un embarazo avanzado.

—Piénselo tranquilamente y, cuando tome una decisión, llámenos —insistió Anna y acercó su dispositivo al de Bell para compartir sus datos de contacto.

—Esperamos verle en Chicago —añadió Sally Leigh—. Díganos qué día le viene bien y nos encargaremos de los billetes de avión y del hotel.

—De acuerdo. Lo pensaré —respondió el científico.

Las dos mujeres, tras despedirse, se dirigieron a la salida. Unos segundos después las luces principales se apagaron. Bell permaneció solo en la sala de conferencias.

«Cuando una puerta se cierra, otra se abre», se dijo. ¿Sería Chicago su nuevo destino?